

Entre los pobres: en memoria de Gustavo Gutiérrez y Paul Farmer

[Documento]

Ismael José González-Guzmán¹

Recepción: 24/02/25
Aprobación: 18/03/25

Citar como:

González-Guzmán, I. J. (2025). Entre los pobres: en memoria de Gustavo Gutiérrez y Paul Farmer. *Revista Albertus Magnus*, 16(1), 169-179.
<https://doi.org/10.15332/25005413.10942>



“Pobres son los que tienen en su contra a todos los poderes de este mundo” (Sobrino, 1992, p. 17)

Introducción

En un mundo marcado por desigualdades abismales en lo social, económico y político, la pobreza persiste como uno de los problemas más arraigados y multifacéticos de nuestro tiempo. A pesar de los avances tecnológicos sin precedentes, los compromisos globales y las políticas públicas diseñadas para erradicarla, amplios sectores de la población siguen atrapados en ciclos de precariedad, privados sistemáticamente de derechos fundamentales como la salud, la educación y un hogar digno (González-Guzmán, 2021a). Este escenario no solo expone la insuficiencia de las respuestas convencionales, sino que interpela a la humanidad a buscar estrategias integrales que, más allá de mitigar síntomas, transformen las estructuras de dominación que perpetúan la desigualdad.

El libro *In the Company of the Poor* (Griffin y Block, 2013) ofrece una perspectiva profundamente enriquecedora sobre este tema. A través del diálogo entre Paul Farmer, médico antropólogo especializado en medicina social, y Gustavo Gutiérrez, teólogo de la liberación, esta obra articula una visión donde la acción solidaria y el compromiso con los más vulnerables, se presentan como elementos esenciales para la construcción de un mundo más justo. En efecto, la convergencia de sus ideas trasciende fronteras

¹ Posdoctor en Bioética; Doctor en Ciencias Sociales y Humanas. Docente de la Dirección de Humanidades, Universidad Santo Tomás (Bogotá, Colombia). Miembro del Grupo de Investigación “Bioética”, Pontificia Universidad Javeriana. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1869-4712> Correo: ismaelgonzalez.com@gmail.com

disciplinarias, religiosas y culturales, promoviendo así una reflexión crítica sobre el significado de la solidaridad en contextos de exclusión.

Por consiguiente, este documento se propone explorar dos conceptos clave que surgen de la obra: la solidaridad pragmática, planteada por Farmer como un enfoque práctico y efectivo para combatir las desigualdades, y la opción por los pobres, eje central de la teología de la liberación desarrollada por Gutiérrez. A través de un análisis crítico, se examinará cómo estos conceptos pueden articularse para impulsar una ética transformadora que aborde los desafíos contemporáneos relacionados con la pobreza y la injusticia social. En honor a estos dos destacados pensadores, se presentará una reflexión sobre las enseñanzas que su legado aporta para enfrentar las problemáticas actuales y promover la construcción de un orden social diferente, más humano y solidario.

De la compasión a la justicia: la ética solidaria de Paul Farmer

Paul Farmer no concibió la compasión como un sentimiento pasivo, sino como una llamada ética radical que se origina en el contacto directo con los rostros concretos del sufrimiento. En su trayectoria como médico, antropólogo y activista, el fundador de *Partners In Health* (PIH) reconoció que la cercanía con los pobres exigía desmontar las estructuras que perpetúan la exclusión. Como señala en *Pathologies of Power*: “cualquiera que deseé ser considerado humano tiene razones de sobra para reflexionar sobre lo que significa estar enfermo y ser pobre en la era de la globalización” (Farmer, 2005, p. 17). Esta afirmación no era abstracta; en Haití, donde inició su labor, las muertes por enfermedades tratables ocurrían en comunidades sin acceso a clínicas básicas.

A partir de esta inquietud, formuló su concepto de solidaridad pragmática, entendido como un compromiso que va más allá del discurso y que se expresa en acciones concretas orientadas al cambio estructural. Esta forma de solidaridad más que un imperativo moral, constituye una estrategia ética operativa, definida en el marco de la violencia estructural como “el rápido despliegue de herramientas y recursos para mejorar la salud y el bienestar de quienes sufren esta violencia” (Farmer, 2005, p. 220).

A diferencia de modelos asistencialistas o filantrópicos, la propuesta de Farmer desafía los paradigmas dominantes en salud global, particularmente aquellos que subordinan la atención médica al análisis de costo-efectividad. Para él, no se trata de caridad, sino de justicia, pues, “las violaciones de derechos humanos no son accidentales (...) son más bien, síntomas de patologías más profundas del poder y están íntimamente ligadas a las condiciones sociales que tan a menudo determinan quién sufrirá abusos y quién quedará protegido” (Farmer, 2005, p. 13). Esta convicción guía su praxis médica y ética, al mostrar que la injusticia es el resultado de condiciones institucionales que privilegian a unos y condenan a otros.

El enfoque de Farmer se articula con la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez, particularmente con su opción preferencial por los pobres. En *In the Company of the Poor*, el médico antropólogo subraya: “Hacer una opción por los pobres implica inevitablemente trabajar por la justicia social, colaborando con ellos en su lucha por transformar sus realidades” (Griffin y Block, 2013, p. 59). Esta idea, que recoge el principio de acompañamiento propio de la *praxis* liberadora, redefine la solidaridad no como un acto vertical de ayuda, sino como una relación ética horizontal. En ella, se reconoce la agencia de los pobres, su capacidad para ser protagonistas de su historia, y se rechaza cualquier forma de paternalismo que niegue su voz y autonomía.

Por tanto, el vínculo con la teología de la liberación no solo ofrece a Farmer un marco ético sólido, sino que también orienta el sentido práctico de su compromiso. La solidaridad pragmática, en este contexto, no se limita a visibilizar la injusticia ni a aliviar el sufrimiento inmediato, sino que apunta a transformar las estructuras que lo originan. Más que una respuesta emocional, se trata de una exigencia moral que interpela tanto a individuos como a instituciones, y que exige una intervención directa en los factores sociales que perpetúan la enfermedad y la pobreza. Así, la ética de Farmer se sitúa en el terreno de la acción comprometida, donde la justicia se construye desde abajo, en diálogo con quienes padecen la exclusión, y no desde una abstracción desconectada de las luchas concretas por la dignidad.

En coherencia con esta visión, el acompañamiento para Farmer es una práctica continua que implica estar al lado de los más vulnerables, a lo largo de sus procesos de lucha y resistencia. Esta forma de solidaridad rechaza cualquier enfoque vertical que imponga respuestas externas, y apuesta por una colaboración comprometida que parte del diálogo con las comunidades y del reconocimiento de sus saberes (Griffin y Block, 2013). No se trata de “ayudar” desde una posición de superioridad, sino de construir conjuntamente soluciones que respondan a contextos concretos y que fortalezcan la capacidad de acción colectiva. La solidaridad, en este sentido, exige reconocer a los pobres no como objetos de intervención, sino como sujetos activos de transformación. Al desplazar el paternalismo, Farmer propone una ética del compromiso que significa la experiencia popular y promueve formas de cooperación basadas en el respeto, la corresponsabilidad y la justicia (Griffin y Block, 2013; Farmer, 2005).

La solidaridad pragmática, en la visión de Paul Farmer, implica también una profunda dimensión política, pues, erradicar la injusticia en salud no puede depender de acciones voluntarias o gestos filantrópicos aislados; requiere una transformación estructural de los sistemas que organizan el acceso a derechos fundamentales. Desde este enfoque, Farmer insiste en la necesidad de políticas públicas capaces de enfrentar las raíces de la desigualdad sanitaria y garantizar condiciones dignas de vida para todos. Como él mismo señala, “necesitamos programas diseñados para remediar las

desigualdades en el acceso a servicios que puedan ayudar a todos los seres humanos a llevar vidas libres y saludables” (Farmer, 2005, p. 239).

En tiempos de crisis global, como evidenció la pandemia de Covid-19, la solidaridad pragmática cobra una renovada importancia porque la emergencia sanitaria dejó al descubierto la debilidad estructural y la desigualdad en el acceso a los servicios de salud. En este contexto, la propuesta de Farmer adquiere fuerza como una alternativa ética y política frente a la injusticia estructural. No se trata simplemente de responder a las crisis con medidas paliativas, sino de transformar las condiciones que hacen que unas poblaciones sean sistemáticamente más vulnerables que otras. Por eso, este tipo de solidaridad, al insistir en la necesidad de actuar con rapidez y eficacia junto a los más afectados, promueve intervenciones que alivian el sufrimiento inmediato, y buscan deconstruir las lógicas de exclusión que lo originan. Desde esta perspectiva, la salud no puede concebirse como un privilegio o un bien de mercado, sino como un derecho humano fundamental que exige compromisos institucionales sostenidos y una redistribución justa de recursos, poder y saberes (González-Guzmán y Mocellín-Raymundo, 2023)

Como advierte Farmer, “para quienes sufren grandes necesidades, la solidaridad sin el componente pragmático puede parecer una piedad abstracta” (Griffin y Block, 2013, p. 44). En esta clave, dicha solidaridad trasciende el gesto compasivo o el esfuerzo asistencialista, pues, se convierte en una práctica política y ética que articula la acción concreta con un horizonte de justicia. No se trata únicamente de brindar servicios o aliviar necesidades inmediatas, sino de transformar las condiciones que generan y perpetúan la exclusión. En otras palabras, “la prestación de servicios puede ser precisamente eso, o puede ser una solidaridad pragmática, vinculada a objetivos más amplios de igualdad y justicia para los pobres” (Farmer, 2005, p. 227). Esta distinción no es menor porque interpela la lógica tecnocrática que, bajo el discurso de la eficiencia, muchas veces despolitiza la atención en salud y reduce la intervención social a una mera gestión de recursos.

Frente a ello, la propuesta de Farmer recupera el sentido profundamente político de la medicina social, dado que, actuar sobre los cuerpos enfermos implica también actuar sobre las estructuras que enferman. Por eso, su planteamiento exige repensar el diseño y la implementación de las políticas públicas de salud, no como mecanismos administrativos neutrales, sino como herramientas estratégicas para desmontar desigualdades históricas, redistribuir poder y garantizar el derecho a una vida digna (González-Guzmán, 2021a). En este sentido, la solidaridad pragmática es una orientación estructurante de todo modelo de salud verdaderamente justo, en el que los pobres no sean vistos como beneficiarios pasivos, sino como interlocutores activos en la construcción de nuevas formas de bienestar colectivo.

Preferir a los pobres no basta: estructuras, resistencias y caminos de conversión

La opción preferencial por los pobres, formulada por Gustavo Gutiérrez como eje de la teología de la liberación, es una respuesta profética ante las estructuras de opresión que deshumanizan a las mayorías empobrecidas. Este principio es una exigencia radical del Evangelio, arraigada en la revelación de un Dios que se identifica con los excluidos. Como afirma Gutiérrez (1999), “toda la Biblia (...) está marcada por el amor de predilección de Dios por los débiles y maltratados de la historia humana” (p. 29). Esta predilección divina, lejos de ser una metáfora, se encarna en la vida de Jesús, quien inicia su ministerio proclamando “la buena nueva a los pobres” (Lc 4, 18; Papa Francisco, 2014, p. 26).

Así, el anuncio del Reino no se limitó a proclamar consuelo espiritual, sino que desencadenó una *praxis* histórica que desestabilizó las estructuras religiosas y sociales excluyentes de su tiempo. En esta línea, Gutiérrez (2006) sostiene que la presencia de Dios se hace visible en aquellos que sufren injustamente, exigiendo con ello que la fe cristiana se traduzca en un compromiso concreto con la justicia y la dignidad de los oprimidos.

La originalidad de Gutiérrez radica en vincular la opción por los pobres con una hermenéutica crítica de la realidad. Para él, la pobreza no constituye un destino inevitable, sino el resultado de mecanismos históricos de dominación que contradicen el proyecto del Reino de Dios. En su obra *Teología de la liberación* (Gutiérrez, 1999), sostiene que la pobreza material es una realidad estructuralmente injusta que debe ser erradicada; sin embargo, advierte que superarla no puede reducirse a acciones asistencialistas, sino que exige confrontar las causas profundas que la generan. Este diagnóstico coincide con lo afirmado en el Documento de Medellín, donde se denunció “la falta de solidaridad, que lleva, en el plano individual y social, a cometer verdaderos pecados, cuya cristalización aparece evidente en las estructuras injustas que caracterizan la situación de América Latina” (CELAM, 2014, p. 87).

Esta articulación teórico-pastoral, entre pecado estructural y exclusión, obliga a repensar la conversión como transformación sistémica. En efecto, esta perspectiva visibiliza la dimensión ética del pecado social, e interpela directamente los modelos económicos, políticos y culturales que perpetúan la marginalidad. Luego, optar por los pobres implica un giro epistemológico, en el cual no son vistos como objetos de caridad, sino reconocidos como sujetos históricos y políticos, capaces de transformar su realidad.

Otro aporte distintivo de Gutiérrez (1999) es su dialéctica entre espiritualidad y compromiso social. Frente a una fe reducida a ritualismo, propone una espiritualidad encarnada que asume la pobreza solidaria como “expresión de amor (...) y protesta contra la pobreza” (p. 336). Este enfoque rechaza la dicotomía entre contemplación y acción,

pues, la oración auténtica, según él, debe traducirse en lucha por la justicia. El papa Francisco (2014) retoma esta idea al señalar que a los pobres “Dios les otorga su primera misericordia” (p. 183), recordando que la Iglesia está llamada a ser “samaritana” en un mundo fracturado por la indiferencia.

En coherencia con esta visión, Müller y Gutiérrez (2005) subrayan que “la opción preferencial por el pobre no solo nos exige conocer con seriedad y responsabilidad la realidad (...) sino también debe marcar nuestra espiritualidad” (p. 27), destacando que no se trata únicamente de una toma de conciencia intelectual o pastoral, sino de una configuración interior que transforma el modo de vivir la fe. Esta espiritualidad, profundiza González-Bernal (2009), “se evidencia mediante una vida en comunidad, en solidaridad y compromiso especialmente con los pobres y marginados” (p. 275), alejándose de espiritualidades desvinculadas del compromiso histórico y comunitario. De este modo, dicha opción no solo redefine el horizonte teológico de la fe cristiana, sino que la articula como una *praxis* histórica encarnada, en la que contemplación y justicia se entrelazan como dimensiones inseparables del seguimiento de Jesús.

Sin embargo, la opción por los pobres enfrenta tensiones prácticas. Por ejemplo, ¿Cómo evitar que se reduzca a un discurso bienintencionado pero inoperante? Gutiérrez responde con una ética de la corresponsabilidad: la solidaridad con los excluidos exige alianzas concretas con movimientos sociales, denuncia profética de la violencia sistémica y participación activa en la construcción de alternativas. Esto implica cuestionar modelos económicos que anteponen el lucro a la vida digna, o sistemas políticos que niegan la participación popular.

Por tanto, la opción preferencial por los pobres no se reduce a un principio teológico abstracto, sino que se manifiesta en un compromiso real con quienes sufren exclusión y marginación. Tal compromiso demanda una solidaridad activa que implique la defensa de la dignidad, la promoción de los derechos fundamentales y la transformación de las estructuras que producen y reproducen la injusticia. Así, la fe cristiana se traduce en una *praxis* liberadora que no solo denuncia la pobreza como una realidad estructuralmente injusta, sino que también impulsa la construcción de nuevas formas de convivencia basadas en la equidad, la justicia y la fraternidad.

Como lo señalan Müller y Gutiérrez (2005) “la opción por los pobres nace de la experiencia y de la práctica de las comunidades cristianas latinoamericanas (...) dicha opción como compromiso exigente, expresión de un amor siempre nuevo y eje de una nueva evangelización del continente” (p. 23). Esto reafirma el carácter testimonial de la opción, y reconoce su potencial evangelizador desde las periferias históricas de la Iglesia.

De esta manera, la preferencia por los pobres esclarece el horizonte de la teología de la liberación, como también, sitúa la centralidad del Evangelio en la realidad concreta de los más vulnerables. La integración de estas dimensiones permite que la fe cristiana se

traduzca en una *praxis* liberadora, que denuncia las estructuras que perpetúan la pobreza, e impulsa la construcción de alternativas basadas en la solidaridad y la justicia.

En suma, la opción preferencial por los pobres, como eje de la teología de la liberación, mantiene su vigencia ética al denunciar la pobreza como fruto de estructuras injustas, no de un destino inevitable. Sin embargo, su persistencia como principio no resuelve la paradoja central: la pobreza se reproduce y muta bajo el capitalismo global, a pesar de los discursos y esfuerzos parciales. Esta contradicción revela límites tanto internos (eclesiales y hermenéuticos) como externos (sistémicos y políticos). En este contexto, cuatro desafíos principales obstaculizan la radicalidad transformadora de la opción por los pobres, a saber:

- **Neutralización institucional:** La radicalidad del mensaje ha sido diluida por prácticas eclesiales que priorizan el asistencialismo sobre la justicia estructural, evitando confrontar alianzas históricas de la Iglesia con poderes económicos y políticos. Como señala Gutiérrez (1999), sin una crítica al sistema que genera pobreza, la caridad se reduce a un “paternalismo funcional” al *status quo*.
- **Cooptación del lenguaje:** El neoliberalismo ha absorbido términos como “solidaridad” u “opción por los pobres”, vaciándolos de contenido transformador. Esto se evidencia en políticas que combinan retórica inclusiva con recortes sociales o en discursos religiosos que espiritualizan la pobreza, omitiendo su raíz socioeconómica.
- **Incapacidad hermenéutica ante nuevas exclusiones:** La pobreza ya no es solo material; incluye marginación digital, crisis climática, migración forzada y violencia de género. La teología de la liberación debe actualizar su análisis para no reducir a los pobres a una categoría homogénea, reconociendo las intersecciones entre clase, raza, género y colonialismo.
- **Falta de conversión estructural:** Aunque el principio exige transformar sistemas, predomina una ética individualista que responsabiliza a los pobres de su situación (meritocracia) o delega la solución en ONG, sin cuestionar modelos extractivistas o financieros globalizados.

Con todo, la opción por los pobres no ha fracasado; ha sido saboteada por la resistencia a desmantelar privilegios y por una globalización que mercantiliza incluso la lucha por la justicia. Su vigencia radica en recordar que la pobreza no es un “error técnico”, sino un crimen político. Para recuperar su sentido transformador, esta opción necesita ser reencarnada en el acompañamiento de comunidades excluidas, en alianzas con movimientos que luchan por la vida digna y en la denuncia profética de toda forma de complicidad religiosa con el poder. Hoy, más que nunca, urge priorizar la voz de los pobres como protagonistas de su historia, no como objetos de discursos piadosos. Mientras el sistema sacrifique vidas en el altar del lucro, esta opción seguirá siendo un

grito incómodo, pero necesario. En palabras de Ellacuría (1989), la civilización de la pobreza no es una opción, es una urgencia histórica.

Convergencias liberadoras: Gutiérrez y Farmer ante el clamor de los pobres

La intersección entre la solidaridad pragmática y la opción preferencial por los pobres representa un punto clave en el diálogo entre la ética, la teología y la acción social. Estas perspectivas comparten un principio fundamental: la centralidad de los pobres como sujetos de transformación y justicia. Sin embargo, la manera en que cada una se articula dentro del pensamiento de Paul Farmer y Gustavo Gutiérrez revela matices que enriquecen el análisis de la pobreza, la injusticia y las respuestas necesarias para enfrentarlas.

Por un lado, la opción por los pobres es una clave hermenéutica para interpretar la realidad y la acción de Dios en la historia. Este principio subraya que la pobreza es una realidad estructural que debe ser transformada desde una perspectiva tanto espiritual como social. Por otro lado, la solidaridad pragmática, se presenta como una respuesta operativa a esta opción, trasladando la teoría teológica a la acción concreta. De esta manera, la solidaridad pragmática denuncia la injusticia y busca mecanismos inmediatos para erradicar sus efectos, particularmente en el ámbito de la salud global.

En el pensamiento de ambos autores se encuentra una crítica común a las lógicas asistencialistas que despolitizan la acción social. Mientras Gutiérrez denuncia el “paternalismo funcional” de ciertas prácticas eclesiales, Farmer critica el reduccionismo tecnocrático que, en nombre de la eficiencia, ignora las raíces estructurales de la enfermedad y la pobreza. Ambos insisten en la necesidad de superar el enfoque vertical, reconociendo a los pobres no como objetos de intervención, sino como sujetos históricos, con voz, saberes y capacidad organizativa.

Ahora bien, este diálogo también revela desafíos pendientes. Gutiérrez pone el acento en una conversión espiritual que transforme el modo de vivir la fe; Farmer, en cambio, privilegia la transformación política e institucional que garantice derechos efectivos. El primero interpela la conciencia eclesial; el segundo, la reforma de políticas públicas. Aunque ambos enfoques son necesarios, con frecuencia se desarrollan en contextos institucionales y culturales diferentes que dificultan su articulación práctica, lo que complica una integración coherente de la justicia desde lo pastoral, lo clínico y lo estructural.

Desde una perspectiva crítica, esta convergencia plantea una cuestión fundamental: ¿cómo conciliar la urgencia de la acción directa con la necesidad de transformaciones estructurales de largo plazo? Mientras la teología de la liberación insiste en la reconstrucción de relaciones de poder que perpetúan la exclusión, la solidaridad

pragmática enfatiza en la intervención inmediata ante el sufrimiento. Esta tensión es constante entre quienes defienden el cambio sistémico y quienes priorizan la acción efectiva sobre las condiciones concretas de los pobres.

Un punto de encuentro esencial entre ambas perspectivas es el concepto de acompañamiento, entendido como presencia activa junto a los pobres, desde el respeto por su autonomía y dignidad. Tanto Farmer como Gutiérrez coinciden en que la lucha contra la pobreza no puede reducirse a un acto de beneficencia unilateral, sino que debe ser una construcción compartida con las comunidades afectadas.

En términos políticos y sociales, el encuentro entre ambas perspectivas cobra especial relevancia en el escenario de crisis globales como la pandemia de Covid-19, el cambio climático y el aumento de la desigualdad. La teología de la liberación y la solidaridad pragmática coinciden en la idea de que la injusticia estructural no puede ser abordada únicamente desde la caridad o la filantropía, sino que exige un compromiso con la transformación de las condiciones que perpetúan la marginalidad.

En consecuencia, la relación entre la solidaridad pragmática y la opción por los pobres refuerza la necesidad de una acción ética fundamentada en la justicia, e interpela a quienes trabajan en los campos de la salud, los derechos humanos y las políticas sociales a integrar teoría y acción. La opción por los pobres ofrece el fundamento ético y teológico de ese compromiso; la solidaridad pragmática, su operatividad concreta a través de estrategias con impacto real y duradero.

Este encuentro entre fe y acción social exige la construcción de un orden social distinto para los pobres, “donde la empatía, compasión y solidaridad pragmática susciten una indignación moral para actuar a favor de ellos” (González-Guzmán, 2021b, p. 546). Esto hizo el samaritano (Lc 10, 29-37): se hizo cargo de la realidad del hombre medio muerto, cargó con ella y se encargó de ella (Ellacuría, 2000).

En definitiva, el diálogo entre Gutiérrez y Farmer revela que la opción por los pobres y la solidaridad pragmática son dimensiones complementarias de una misma lucha. Mientras Gutiérrez aporta un marco ético-espiritual que cuestiona las idolatrías del mercado, Farmer ofrece herramientas concretas para intervenir en realidades donde la vida está en riesgo. Ciertamente, en tiempos de crisis civilizatoria, esta sinergia resulta urgente.

Conclusión

La solidaridad pragmática y la opción preferencial por los pobres, configuran un horizonte ético compartido que interpela las raíces mismas de la exclusión social. Sin

embargo, ambas propuestas enfrentan obstáculos significativos en un mundo hegemónizado por la racionalidad neoliberal, donde la privatización de los bienes comunes, la tecnocratización de lo social y la estetización de la filantropía desdibujan las fronteras entre caridad y justicia. Como argumentan González-Guzmán y Mocellín-Raymundo (2023):

La sociedad como estructura equitativa de ayuda social es una utopía por tres razones: primero, no siempre se reconoce moralmente a esa otredad diversa, sufriente y vulnerable (...); segundo, tampoco están dadas las condiciones para construir un orden sociopolítico que garantice sus derechos fundamentales; y tercero, la justicia se reduce a un mero acto caritativo-asistencialista-benéfico que deja intacto el núcleo en el que descansan las realidades de inequidad. (p. 4)

Frente a este escenario, la justicia corre el riesgo de ser desplazada por gestos simbólicos que alivian sin transformar, mientras se refuerzan mecanismos que reproducen la desigualdad bajo discursos de eficiencia y meritocracia.

Tanto Gutiérrez como Farmer insisten en que la verdadera solidaridad confronta las lógicas que enferman cuerpos y sociedades. Asimismo, implica acompañar a los excluidos desde procesos de empoderamiento que reconozcan su agencia, saberes y capacidad de organización. Solo así se convierte el acompañamiento en liberación y no en un paliativo del orden injusto.

Cabe recordar que la vigencia de estas propuestas reside en su capacidad de denuncia, y en su potencial para articular resistencias encarnadas que unan fe, ética y política en una apuesta por sociedades estructuralmente más justas. En tiempos donde las crisis globales multiplican la vulnerabilidad y la indiferencia, el verdadero desafío es traducir la indignación ética en acciones colectivas sostenidas que, desde abajo, construyan alternativas concretas.

Finalmente, la opción por los pobres y la solidaridad pragmática no son solo categorías analíticas o propuestas pastorales, son convocatorias urgentes a reconfigurar el mundo desde los márgenes, allí donde la vida es sistemáticamente negada, pero también donde brota con más radicalidad la esperanza transformadora. Frente a la necropolítica del capital, el legado de estos dos pensadores nos recuerda que la justicia no es un algoritmo técnico, sino un acto de rebelión ética nacido en las fisuras del sistema.

Referencias

CELAM. (2014). *Las cinco conferencias generales del Episcopado Latinoamericano*. San Pablo.

- Ellacuría, I. (1989). Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica. *Revista Latinoamericana de Teología*, 6(17), 142-184.
- Ellacuría, I. (2000). Escritos teológicos (Vol. I). UCA Editores.
- Farmer, P. (2005). *Pathologies of Power: Health, Human Rights, and the New War on the Poor*. University of California Press.
- González-Bernal, E. (2009). La espiritualidad en la producción teológica de Gustavo Gutiérrez. *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu*, LI(151), 275-309.
- González-Guzmán, I.J. (2021a). Vulnerabilidad social y política al VIH-sida en Bogotá. *Análisis*, 53(99). <https://doi.org/10.15332/21459169.6441>
- González-Guzmán, I. J. (2021b). Hacia una repolitización del VIH-sida. *Perseitas*, 9, 538-559. <https://doi.org/10.21501/23461780.3776>
- González-Guzmán, I.J. y Mocellín-Raymundo, M. (2023). Justicia distributiva, razón humanitaria y VIH-sida. *Revista Colombiana de Bioética*, 18(1), e4124. <https://doi.org/10.18270/rcb.v18i1.4124>
- Griffin, M. y Block, J. W. (2013). *In the company of the poor: conversations between Dr. Paul Farmer and Fr. Gustavo Gutierrez*. Orbis Books.
- Gutiérrez, G. (1999). *Teología de la liberación: perspectivas*. Ediciones Sigueme.
- Gutiérrez, G. (2006). *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*. Ediciones Sigueme.
- Müller, G. L. y Gutiérrez, G. (2005). *Del lado de los pobres: teología de la liberación*. Instituto Bartolomé de las Casas.
- Papa Francisco. (2014). *Evangelii Gaudium*. San Pablo.
- Sobrino, J. (1992). *El Principio-Misericordia: Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Sal Terrae.